



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

QUINCE días después, Gilberto escribía á sus amigos una carta concebida en estos términos: «Señora, no he encontrado aquí fiestas, ni cabalgatas, ni galas, ni beldades. ¿Qué haríamos nosotros, á ver, de esas beldades? ó por mejor decir, ¿qué harían ellas de nosotros? Vivimos en medio de los bosques; nuestro castillo es un castillo muy viejo; por la noche, al resplandor pálido de la luna, tiene el aspecto de una aparición fantástica. Lo que me agrada más en él, son sus largos y sombríos corredores por donde se pasea el viento á su sabor; pero os aseguro que no he visto todavía en ellos ningún traje blanco, ni sombreros con plumas. Únicamente, noches pasadas, un murciélago que había penetrado por un cristal roto me azotó el rostro con sus alas y por poco me apaga la luz. Esta es hasta ahora mi única aventura... En cuanto á vos, caballero, debo deciros que no me he dejado alucinar por las seducciones de mi tirano, por la sencilla razón de que éste no se esfuerza ni poco ni mucho en mostrarse seductor. Sabed también que no me fastidio. Estoy contento; gozo de aquella tranquilidad de espíritu que produce una situación bien definida, regularizada, y después de todo, muy soportable. Ya no me veo obligado á empujar mi exis-

29863

tencia y enseñarle el camino ; se mueve por sí misma y la sigo. Luego, que no me faltan placeres ni distracciones. Vais á verlo.



»Nuestro castillo es una larga hilera de construcciones agrietadas, del cual habitamos lo único que hay habitable. Estoy alojado solo en un torreón que tiene una vista mag-

nífica. Debajo de mi ventana hay un gran precipicio. Ya puedo decir : ¡mi torreón, mi precipicio! Oh pobres parisienses míos, no comprenderéis jamás cuánto se encierra en estas dos palabras : *mi precipicio*. Y ¿qué es un precipicio?—exclamará Mad. Lerins...—Es un gran hueco. Si señora, sí, señora, es un gran hueco ; esta mañana ese hueco era de un color azul oscuro, y esta tarde al ponerse el sol, era... así, del color de vuestros capuchones. He abierto la ventana y me he asomado á aspirar el olor que despedía el admirable precipicio, porque he descubierto que por la tarde los precipicios despiden olor... un olor... ¿cómo os lo explicaré? el perfume que trasciende de las peñas tostadas por el sol, al cual se mezcla sutil aroma de yerba seca, formando un conjunto exquisito, delicioso. Estaba en mi ventana cuando hacia la derecha á cuatrocientos veinte piés debajo de mí, he visto aparecer detrás de una espesura los cuernos y la cabeza de una cabra blanca. Conviene advertir que, del lado del Rhin, mi despeñadero ó mi abismo, como queráis llamarle, está flanqueado por un cerro cubierto de césped por cuya pendiente serpentea un sendero. Por allí se había encaramado esa amazona de patas blancas y de buena gana hubiera subido más arriba, pero ¿cómo? Se hallaba al pié de una formidable cordillera de peñascos que desafío á escalarla al más ágil gamo que exista. La pobre cabra se afligía al verse detenida en su camino por un obstáculo tan inesperado; en su despecho se puso á dar cornadas contra la maleza, luégo me miró balando y yo la miraba sonriendo ; á intervalos entrambos volvíamos la cabeza para contemplar el río, matizado de trecho en trecho por grandes manchas de púrpura y oro... Decidme, señora, ¿no me envidiáis mi ventana, y no cambiaríais por mi cabra blanca todas las vendedoras que veis pasar por la calle Jacob?

» Ahora os suplico que deis conmigo un paseo al rededor de nuestra hermosa posesión. El arrogante peñón cuya plataforma ocupo, al que cuadra muy bien su nom-

bre de *nido de águilas*, lo limita al norte lo que ya sabéis, y al oeste una torrentera que le separa de otros montecillos poco elevados y graciosamente cortados, cuya cadena se tiende á lo largo del río. Esta línea de alturas no es con-



tinua, está cortada por estrechas gargantas que desembocan en el valle y que dejan llegar hasta nosotros los últimos rayos del sol. La otra tarde, al ponerse, reflejando sus rojizos resplandores en una de las gargantas, me ilusionaba de tal manera, que me parecía ver salir llamas de la tierra; se hubiera dicho que era aquello la boca de un horno. Al este, el Geierfels domina el Rhin desde las escarpadas vertientes de su terraplén, del cual sólo

le separan la carretera real y un mal camino de herradura. Al Sur, comunica por empinados senderos con una vasta planicie que forma como si dijéramos el piso superior, y que está cubierta de una selva de hayas surcada por varios arroyuelos. Únicamente por este lado es accesible nuestro castillo, pero no hay que pensar en subir á él en coche; una jaca se vería en apuros para llegar hasta nosotros; todas nuestras provisiones las traen á hombros ó en mulo... Montañas, rocas cortadas á pico, torreones suspendidos sobre un precipicio, bosques inmensos y sombríos, áridos senderos, riachuelos que se despeñan formando cascadas, todo esto, ¿verdad, señora, que hace mi existencia aquí muy selvática y romancesca?... Á la orilla derecha del Rhin, que se extiende á nuestros ojos, el espectáculo es muy diferente. Figuraos un país en extremo agradable, gran llanura cultivada que se eleva suavemente hasta el pié de una lejana cordillera de montañas cuya cima dibuja en el cielo sus aéreos dentellones. Seguramente, señora, las dos riberas del Rhin no están consagradas á la misma divinidad. Al rededor del Geierfels, en el misterioso horror de los bosques, reina la primitiva y terrible diosa de la naturaleza cuyos servidores, feroces como ella, enrojecían con su sangre el musgo de las rocas, en tanto que en derredor de ellos delirantes sacerdotisas, suelta la cabellera, parecía que imitaban con sus frenéticas danzas la carrera desordenada de los astros inciertos todavía en el camino que debían seguir, y el desarreglo del antiguo caos. Abajo, en la llanura, todo lo contrario; todo reconoce el imperio de Ceres, de la rubia Ceres, de la Ceres coronada de espigas, divinidad tutelar y benéfica que se deleita aspirando los vapores de la tierra rasgada por el arado, y oyendo el ruido chillón de la carreta, los prolongados mugidos de los ganados y las canciones del segador atando sus doradas gavillas...

» Precisamente frente al castillo, al otro lado del Rhin, se despliega como un abanico, al rededor de una ensena-

da semicircular, un pueblecito de casas limpidas, cuidadosamente blanqueadas con cal. Á la derecha de este pueblecito, al extremo superior de rústica iglesia, reluce á los rayos del sol la flecha del campanario cubierto de zinc; á la izquierda, grandes molinos de casca mueven lentamente sus ruedas, y detrás de los molinos, de la iglesia y del burgo, se extiende la fértil campiña que intentaba describirnos hace poco y que no sé encareceros bastante. ¡Oh! ¡qué paisaje tan encantador! Á mediodía, me ocupaba en devorarlo con la vista, cuando ha venido á distraerme la cabra blanca, seguida de una pastorcilla que sospecho que ha de ser muy linda, pero he olvidado á una y otra viendo desfilar por delante de mí en sentido contrario, un buque de vapor que remolcaba lentamente una flotilla de barcas cubiertas con sus toldos y escoltadas por sus gabarras, y un vasto tren de maderas de la Selva Negra montado por cincuenta ó sesenta bateleros que, unos delante, otros detrás, dirigían su curso con recios golpes de remo. Aquí mis miradas desviándose de las blanquecinas aguas del río, se han paseado á su vez por los ligeros recodos que ofrece la ribera, por las sinuosidades de un riachuelo, en busca de aventuras por la pradera entre dos cortinas de sauces y álamos, ó con la sombra prolongada de los árboles producida por los tenues resplandores del sol, y que dormitaban tranquilamente en el seno de los barbéchos. Aquí se ve un verde prado donde ramonean tres carneros rojos guardados por una pastorcilla desde una gran piedra, mientras la vaca negra con manchas blancas se empina para mordiscar las apetitosas ramas de un vallado; á lo largo del prado, el extremo de un camino hondo por donde camina un molinero montado en un caballazo gris; más lejos, una cabaña cuyo rajado techo deja escapar imperceptible hilo de humo azulado que sube ondulante hacia el cielo... Á cierta distancia de mí, un ave de rapiña de inmensa envergadura descendía lentamente hacia el valle; con sus alas al parecer inmóviles, y suspen-

dida en el aire, trazaba en él grandes curvas regulares y concéntricas. Por lo visto, estaba, como yo, abismada en soñadora contemplación á la cual no podía resistir, y cuando alguna vez intentaba sustraerse á la fascinación que la tenía encadenada, y agitando sus alas emprendía el vuelo hacia el firmamento, el hechizo triunfaba en seguida de sus esfuerzos, volvía á bajar y volvía á revolotear, apisionada al parecer en un círculo mágico y fascinada á su pesar por los atractivos de aquellas encantadas orillas.

» Pero lo que me agrada más que todo, es que el Geierfels puede compararse á un salón acústico á donde suben incesantemente, gracias á su especial situación, todos los rumores del valle. Por la tarde, el sordo murmullo del río, la respiración anhelosa del remolcador, el tañido de la campana de lejana iglesia, el canto de una lugareña lavando ropa en la fuente, el balido de un carnero, el tic-tac de los molinos, el sonido de las campanillas de una larga hilera de mulas que arrastraban una barca por medio de una cuerda, el retumbante clamoreo de los bateleros arrimando toneles á una gabarra... todos esos diversos ruidos llegaban á mis oídos vibrantes, claros, limpios, hasta que un soplo de viento se los llevaba de repente, y sólo se percibía vaga música que parecía descender del cielo; pocos momentos después las trémulas voces salían de nuevo del torbellino de confusa armonía, y de nuevo cada cual, sonora y distinta, contaba á mi regocijado corazón algún episodio de la vida del hombre y de la naturaleza... Y luégo, señora, cuando anochece, á estos ruidos del día reemplazan otros más secretos, más penetrantes, más melancólicos. ¿Os gusta el chillido del mochuelo? Antes hay que saber si le habéis oído alguna vez. Es un grito... no, no es un grito, es una queja dulce, ahogada; pesar monótono y resignado que toma por confidente la luna y las estrellas. Un triste mochuelo se anida á dos pasos de mí, en el hueco de un árbol, y en cuanto anochece se complace en cantar un dúo con el viento que

suspira. El Rhin se encarga del acompañamiento, y su voz grave, ahogada, canta las notas de bajo subiendo y bajando de tono, según le acomoda. Noches pasadas me vi privado de ese concierto; ni el viento ni la lechuza estaban en voz. Sólo el Rhin gruñía por lo bajo, pero me proporcionó una sorpresa; probóme que sabe por sí solo producir armonías algunas veces. Á eso de media noche, una barquilla que llevaba un farolito en la proa se ha destacado de la orilla y ha atravesado el río; oía el choque de las ondas en el flanco del batel, el hervor de los remolinos que formaba tras de sí, el quejumbroso ruido del remo al sumergirse, y más dulce luégo, al salir, el lloriqueo del agua que dejaba caer gota á gota... ¡Qué contraste con la música que había oído la víspera á la misma hora! Soplaban desde la tarde el viento del Norte, y hacia las once se había convertido casi en vendabal; llenaba el espacio de fúnebres aullidos con indescriptible rabia. Las veletas chillaban, las tejas rozaban unas con otras, las vigas de los techos temblaban, las paredes se estremecían hasta sus cimientos. De cuando en cuando una ráfaga se precipitaba contra mi ventana con salvajes bramidos; desde mi cama parecíame divisar á través de los vidrios los sangrientos ojos de una manada de lobos hambrientos. En los cortos intervalos en que aquella batahola exterior se apaciguaba, extraños murmullos partían del interior del castillo; las ensambladuras crugían lúgubrememente, no había ninguna rendija en los tabiques ni hendidura en el techo por donde no saliese un suspiro ó un ronco gemido. Y cuando todo esto callaba á la vez, oía solamente al extremo de los corredores como un ligero cuchicheo de fantasmas que charlaban en la sombra casi pegados á las paredes; de repente emprendían su carrera, los pavimentos retemblaban bajo sus duras pisadas, descendían tumultuosamente por la escalera que conduce á mi aposento, y venían á humillarse al umbral de mi puerta con indescifrables lamentos.

»Basta ya de hablar de la casa, me diréis tal vez; habladnos un poco de su dueño. Ese hombre terrible, creedlo, me es mucho menos antipático de lo que os podáis figurar. Por de pronto habéis de saber que no pasamos todo el día juntos. Al siguiente de mi llegada, me remitió una larga lista de pasajes difíciles ó alterados para que los interpretara y se la devolviera; tarea algo larga á que me consagro después de comer todos los días. Ha hecho traer á mi aposento algunos de sus más hermosos in-folio. Vivo aquí como un ratón dentro de un queso de Holanda. Paso, es verdad, las mañanas en su gabinete, donde celebramos doctas conferencias que edificarían á la Academia de antigüedades. Lo que más me place es que, desde el anochecer, puedo disponer de mi persona como me parece. Hasta hemos llegado á convenir que después de las siete, podré encerrarme bajo llave en mi escondrijo, y nadie, por ningún pretexto, vendrá á sacarme de él. Privilegio que M. Lemino me ha otorgado con la mayor condescendencia, y ya podéis juzgar lo reconocido que estoy... Esto no quiere decir que sea un hombre amable, ni que se tome el trabajo de parecerlo; pero tiene muy buen sentido y talento. Me ha comprendido en seguida, y sacará partido de mí. Soy ahora como un caballo que se siente montado por hábil jinete.

»Le echáis en cara, doctor, su absoluto escepticismo...

»Pero, señor; si sólo á este precio puede uno ser ruso. ¿Qué es la Rusia? El lazo de unión entre Europa y Asia. Nosotros nos creemos muy cosmopolitas, porque á fuerza de ingenio, llegamos á convencernos de que Dante, Goethe y Shakespeare, no estuvieron enteramente desprovistos de sentido común. ¡Qué gracia! En Rusia se hablan más de treinta lenguas. En Rusia se adora á todos los dioses de la tierra. En Rusia hay alemanes, griegos, lapones, tchuvaches, samoyedos, kamtchadales, tchukotches... Un verdadero ruso debe tener tantas almas como gobiernos hay en el imperio, debe descifrar de pronto un corazón manchud ó tcheremisa; debe respetar la *Sanagia*,

sin reñir con el *Dalai-Lama*; debe ser capaz de aclimatarse y naturalizarse en cualquier parte, comprenderlo todo sin apasionarse por nada...

»—Nosotros los rusos—me decía anteayer M. Leminof—estamos llamados á fundar la unidad del género humano.

»—¿Cómo?

»—Muy sencillo; nos hemos constituido en misioneros de M. Scribe, y aspiramos á proseguir nuestra obra en Asia.

»—Y en desquite—le dije—¿no propagaréis el *Dalai-Lama* en Europa?

»—Nada de eso, me ha replicado. Á cada pueblo su catecismo. La religión divide á los hombres, el *vaudeville* los une.

»Digo mal: los rusos no están condenados sin apelación al escepticismo absoluto. Su cosmopolitismo puede convertirse en simpatía universal. En cierta ocasión conocí en París á un moscovita de verdad, del mismo Moscou, que era un hombre admirable. Unía á una inteligencia fría, muy clara, un corazón ardiente y tierno; lo sabía todo y no despreciaba nada; no se forjaba ilusión alguna sobre los hombres, y estaba pronto á la abnegación por ellos; unía la tolerancia sin limites de un filósofo, á la ardiente caridad de un santo. Había pasado su vida en ver las cosas tales cuales son, y persistía en su creencia que en Dios se encierra el secreto de todo. Le pregunté un día qué misión atribuía él á Rusia, y me contestó con esta definición: «Pacificarlo todo, comprendiéndolo todo...» Utopía ó no, vale mucho más esto que propagar el *vaudeville* entre los salvajes... Los rusos por lo visto no son de vuestro agrado, querido doctor; con frecuencia los habéis denigrado delante de mí, y no os he interrumpido; hoy que vivo en Rusia, me creo obligado á contestaros. Los llamabais cal mucos y esto es eludir la cuestión y escaparse por la tangente. Los rusos son unos occidentales que tienen los juanetes y la imaginación orientales. Que los temáis, lo comprendo, pero esa no es razón para injuriarlos. Rusia tiene la mirada penetrante y el oído fino; con la mirada

llega hasta Pekin, y emplea sus oídos en escuchar cuánto se habla en Europa. ¡Oh! podéis estar seguro de que no se le escapa ni una palabra. Por su parte, tiene muchas cosas que decirnos, sólo que para hacernos sus revelaciones, aguarda el día en que pueda hacer oír su voz desde Constantinopla hasta Lisboa. Todo esto es muy poco tranquilizador, pero no impide que el pueblo ruso sea un gran pueblo. La raza eslava es de todas las razas de la tierra, la más maleable, la más dúctil; arcilla plástica capaz de recibir todas las impresiones y revestir todas las formas. También posee el talento natural de la imitación y el dón de las monerías, pero tal flexibilidad del ingenio, se halla unida á un carácter elevado, y esa feliz alianza produce efectos maravillosos. El alma de un eslavo, que tenga alma, se dilata más que otra, sin que por eso sea menos profunda; entre sus virtudes, tiene la de la tolerancia, que nosotros reservamos tan sólo para nuestros vicios.

»Después de esta declaración de principios, vais á quedar completamente convencidos de que adoro á mi tirano. ¡Añadid, si queréis, que adoro también á su hijo! Á propósito, creo haber encontrado en el camino real á ese amable joven el día de mi llegada; desde entonces no le he vuelto á ver. He comido siempre solo en mi aposento. En la sala-comedor me han dicho que estaban haciendo algunas reparaciones los albañiles. Ahora están terminadas y en adelante comeremos en familia. ¡Ah! ¡queridos amigos, con vosotros quisiera yo comer mañana! ¿Cuándo volveré á tomar vuestro aromático café?...»

